

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Lo bueno y lo mejor (conclusion), por doña Angela Grassi.—Los Huevos de Pascua [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Escolástica [continuacion], por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADO: Bolsa de Corporales.—LAMINA: Figurin, núm. 789.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA PRESUNCION.



ASI podemos considerar como un vicio lo que es objeto de este artículo, pero no lo consideraremos bajo este aspecto, sino por el lado ridículo, porque nada se presta mas á él, que esa manía de creerse uno superior á los demas, de atribuirse un mérito que no se tiene, porque cuando se posée, nada es mas modesto que el verdadero génio, y de persuadirse que se atraen las miradas de todos, y que se someten todos los corazones. Lo que consigue así una persona, es que la desdeñan las sensatas, y los demas no nos distinguen mas que para divertirse á nuestra costa, y señalarnos como el objeto de sus sonrisas y el juguete de la sociedad.

Esta presuncion, tan comun y tan variada, se halla igualmente en uno y otro sexo. Ved á ese jóven en calles y en paseos, marchando grave y pausadamente, con la cabeza erguida, como quien se desdeña de bajarla para saludar, creyendo el insensato tener la bella cabeza de Antinóo y la presencia imponente del Apolo del Belveder: ved en un salon á una persona repitiendo siempre los cantos de Clóris ó romanzas ya olvidadas, con el mas refinado cultinarismo, con que atencion espera los aplausos, y cuanto la envanece los elogios que, mas por galanteria que por mérito, le prodigan.

Jóvenes hay de quince años, que se creen ya mujeres perfectas, y se asombran de que no se les pida en matrimonio; examinad á esa jóven que está bailando, y hace que se haga un círculo alrededor de ella, por lo general de estudiantes, y vedla como

2.^a ÉPOCA.

parece persuadida de que reúne la gracia y la perfeccion mas completa; reparad en esa jóven colegiala que va á pasar algunos dias con sus padres y hace vanidosa y exagerada ostentacion de palabras cuyo sentido no entiende, y de conocimientos que está muy lejos de poseer. Oid á algunas tenderas poseídas de la presuncion, como dicen: nosotros los negociantes: entramos en los almacenes de algunos ricos fabricantes, y su mujer os dirá que su marido es banquero: id á casa de algunos banqueros, y encontrareis la etiqueta y el tono de un Ministro ó de un Grande de España. No parece sino que cada uno desconoce el lugar que ocupa, y como que se desdeña de él aspirando á otro que, no porque sea mas elevado en la escala de la fortuna, es mas honroso y mas digno.

Esto que parece insignificante, es, sin embargo, de la mas alta importancia, porque produce una perturbacion moral en todas las clases, é introduce en la sociedad un virus de corrupcion de las mas funestas consecuencias.

Pero si la niñez y la juventud del dia se penetra de lo que le importa cortar este mal de raíz ó atajarle, seguro es su triunfo, y nada tememos por el porvenir. Podrá parecer á alguno difícil la empresa, pero la voluntad allana las dificultades, como el trabajo y la paciencia orada las montañas ó las convierte en valles.

Con la educacion primero y la instruccion despues, se consigue pronta y fácilmente tan importante y tan grandioso objeto. Aprendiendo y practicando la modestia, no cabe la presuncion, porque son enemigas irreconciliables; pues así como en la modestia todo es mérito, en la presuncion que carece de él, todo es vanidad. Lo mismo sucede con el saber: el verdadero no se presume sino que se posée, pues cuando se presume no se sabe; así que, la persona presuntuosa es el grajo de la fábula que se vistió las plumas del pavo real; es el burro que se cubrió con la piel del leon. El burro está condenado á ser siem-

pre burro, y le sucede lo que á la mona, que aunque se vista de seda....

Y además, ¿qué gana la jóven con la presuncion? Puede llevar su imbecilidad, que no otro nombre merece, hasta el punto de desconocer que á la jóven lo que mas la realza es lo que menos ostenta! Si el mayor encanto de la jóven está en la modestia, si su mayor saber consiste en demostrar que no quiere hacer alarde de lo que sabe, porque el principal teatro de su sabiduria está en el hogar, y el talento de la mujer se ha de reflejar en los hijos y en la familia, desconocerá sus deberes la que trate de presumir lo que debe guardar. En la mujer hay que adivinar el talento, y lo que más debe ella saber, es el ponerse siempre dignamente en evidencia. A cuántas jóvenes pierde ese inmoderado afán de presumir. Y por supuesto que, lo que mas se presume es lo que menos se posée, porque tal es la condicion humana; pues nadie confiesa sus vicios aun cuando los conozca, y la presuncion ciega tanto que impide no solo apreciarse uno en su justo valor, sino ni aun apreciar á los demás; porque como la persona presuntuosa se cree superior á todos, en nadie reconoce mérito ni apreciables cualidades. De aquí la injusticia de sus juicios, y el cúmulo de errores á que esto conduce, redundando todo en contra de la persona presuntuosa, que llega no solo á no ser querida, sino hasta á ser despreciada de todos, y con razon, porque es una calamidad social.

Comprendiéndolo así nuestras amables é ilustradas lectoras, de seguro que no caerán en tan espantoso ridículo; y sabiendo que el medio de evitarlo es la buena crianza y la aplicacion, procurarán una y otra con todas sus fuerzas, haciéndose así dignas del lugar que les está reservado en la familia y en la sociedad, que ganarán tanto como ellas, pues cuanto mas disminuyan los defectos sociales, mayor importancia adquiere la mujer, máxime si ella es el instrumento de tanto bien. Y ¿quién mejor que ella? ¿Quién con mas títulos? No no nos cansaremos de repetirlo, la mujer es la base del perfeccionamiento social.

A. PIRALA.



LO BUENO Y LO MEJOR.

Conclusion.

—¡Dá compasion ver á su padre! decia una de aquellas mujeres!

—Ella tiene la culpa de todo! añadió otra; ¡esos pobres niños siempre abandonados!

—Pero qué es lo que ha sucedido? preguntó una tercera.

—¡Ahí es nada! que la pequeñilla iba con su niñera, y mientras ésta estaba hablando con un soldado, se encaramó, ó la encaramaron otros chicos sobre la barandilla del estanque, de modo que cayó al agua. Su hermanito mayor lo vió, y sin pensar en el peligro se arrojó tras ella!... Ambos hubieran perecido si no hubiese acertado á pasar un caballero, salvándolos con riesgo de su propia vida! La niñera los trajo á casa caladitos, les amenazó mucho para que no hablaran!... Su padre nada supo!.. Está tan ocupado! Fuese efecto del susto ó de la humedad, al dia siguiente aparecieron los dos con una calentura que se fué convirtiendo por grados en maligna, y ahora...

—Jesus! Jesus! qué casa! exclamó á este tiempo una mujer que bajaba, allí no hay nada de lo que se pide, ni sábanas, ni almohadas!... Ya se vé, una casa sin mujer que la gobierne!...

¿No os ha sucedido alguna vez el hallaros bajo el imperio de una horrenda pesadilla, querer hablar y no hallar voz en la garganta: querer estender los brazos, y tenerlos como sujetos por una cadena de hierro? Así estaba Ventura: inmóvil, muda, helada: oía sin acertar á comprender, y hacía vanos esfuerzos para recobrar la voz y el movimiento.

—Cómo se llama el padre de esos niños? balbuceó por fin.

Y oyó resonar como en sueños el nombre de Fernandez, que era el suyo; hizo un supremo esfuerzo, salió de su letargo, y soltando un grito estridente, subió la escalera, entró en una habitacion que halló abierta, y guiada por su instinto, mas bien que por las indicaciones de los criados, llegó al aposento en donde debia estarse representando el drama lúgubre y sombrío!

¡Oh, si es horrible la muerte cuando la vemos aparecer á la cabecera del lecho del anciano, que ha visto, que ha gozado, cuanto mas horrible no será, cerniéndose con su fúnebre aparato sobre una blanca cuna, amenazando con su guadaña la rubia cabeza de un niño, á quien aguardan tantos dias de paz y de ventura, y ver entelarse aquellos ojos azules, espejos de la inocencia! ¡y ver fruncirse aquellos lábios, que solo parecen haber sido formados para la risa y la alegría!

En la alcoba habia dos cunas : en la una yacía Luis, su hijo varon, la otra estaba vacía... Margarita, que así se llamaba la niña, ofrecia menos peligro, y la habian llevado á otro aposento.

Era ya de noche : aquella estancia estaba alumbrada por una luz opaca. A pesar de su incierta claridad, Ventura pudo divisar á dos hombres, arrodillado el uno junto á una cuna, de pié el otro é inmóvil, contando las pulsaciones, acaso las últimas, del niño moribundo.

El primero era el padre, el segundo el médico.

Ventura dejó escapar un gemido.

¿Quién está ahí? dijo el doctor con impaciencia. Habia mandado que no entrase nadie.

Eusebio se levantó y se dirigió á la puerta, pero se detuvo lleno de ira, exclamando con voz ronca:

—Eres tú!... eres tú, causa de todas mis desdichas! Vete, vete!... Apártate de mi vista!...

Pero Ventura no hizo caso de la cólera de su esposo, y se precipitó rápidamente hácia la alcoba.

—Señora, dijo el doctor, salga Vd.!... Ha llegado la hora de la crisis, y es preciso que reine aquí el silencio mas profundo....

—No me iré, señor doctor, no me iré, dijo Ventura sollozando; no me iré, porque este es mi lugar! Yo soy su madre!...

—¡Madre que no ha velado por sus hijos, pierde todos sus derechos! respondió Eusebio con dureza.

—¡Por Dios, por Dios, no disputen Vds. exclamó el médico señalando la cunita.

—Papá, dijo á este tiempo Luis con voz apagada, papá, tengo sed!

Ventura arrebató el vaso que contenia la bebida calmante de manos de su marido, y lo acercó á los labios de su hijo.

La luz era dudosa, débil la vista del pobre niño: el pobre niño no reconoció á su madre!

—No, dijo rechazando el vaso, tú no!... papá!...

Éste se abalanzó hácia él con ademan triunfante; mientras la triste Ventura se apartaba de la cuna con el alma traspasada por mil agudos puñales.

—Papá, repuso el niño en voz baja, no te vayas, no me dejes! Si quisieras volverme un poco!... Así!... que bien estoy!... ¿Y Margarita?

—Duerme!

—Yo tambien quisiera dormir! Tengo una fatiga!... Papá!... no me dejes... ven aquí... ¿me quieres?... Yo tambien te quiero, y mucho!...

—Luis! exclamó Ventura, haciendo inútiles esfuerzos para contener sus sollozos; ¿Luis, no te acuerdas de tu madre?...

—Sí! balbuceó el niño con indiferencia.

—No la quieres tambien!

Luis tardó un poco en responder.

—Sí! dijo por último; pero mas quiero á Clara y á Susana que siempre están conmigo!

Ventura sintió un dolor tan intenso en el corazon, que tuvo que apartarse de allí para no prorumpir en gritos y en lamentos. Retiróse á un ángulo de la alcoba, cayó de rodillas, oró!... ¡Oró como ora una madre al pié de la cuna de su hijo moribundo!...

Pasóse mucho tiempo....

La respiracion del niño era cada vez mas lenta y fatigosa; cada vez se iban esparciendo mas sobre su rostro las pálidas sombras de la muerte....

—Me parece que tengo sueño, papá!... dijo por fin el inocentillo con voz entrecortada, quiéres que te eche los brazos al cuello? quiéres que me duerma sobre tu pecho, como otras veces, quiéres?...

Y el bello niño, pálido y desfallecido, rodeó con sus brazos el cuello de su padre, que habia vuelto á arrodillarse junto á la cuna, y apoyó su lánguida cabecita sobre aquel seno adorado!

Al cabo de un instante dejó de oirse su respiracion fatigosa: ¡estaba muerto! El ángel peregrino, á quien los lazos del materno amor no habian sabido retener en la tierra, habia vuelto gozoso á su pátrio cielo!

¿Quién podrá pintar el dolor y los punzantes remordimientos de aquella madre culpable y desgraciada?

¡La quedaba todavía una hija!

¡Quince dias y quince noches consecutivas veló junto á su cuna.

—Sálvala, Dios mio, decia con acento desgarrador, sálvala, y te juro no franquear jamás las puertas de mi casa!...

Dios tuvo compasion de su quebranto... Margarita se salvo!

Ventura cumplió su promesa.

Cuidó con esmero de su marido y de los muchos hijos que sucesivamente la fué concediendo el cielo, triplicó sus caudales con su trabajo y sus economías, y para ella ya no hubo mas mundo que las cuatro paredes de su casa.

Recobró el cariño de su esposo, inspiró un amor acendrado á sus hijos, y como por esto no dejaba de ejercer su caridad con los estraños, cuando se lo permitian sus deberes, en vez de llamarla buena, la llamaron Santa, y fué siempre acatada y bendecida.

ANGELA GRASSI.



LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Cuando sus padres, despues de concluir sus quehaceres, se dirigieron á casa de la extranjera á recoger sus hijos, no pudieron menos de preguntarles la causa de su estraña alegría, y ellos les enteraron de todo lo ocurrido, asombrándose todos del provechoso partido que aquella virtuosa señora habia sacado de una fiesta tan sencilla.

Los recién venidos fueron tambien obsequiados con tortas, que se habian reservado para ellos.

—Yo os ruego, les dijo la dama, que hagais conservar á los niños esos huevos que les he dado, como un recuerdo mio, y que ademas les hagais observar lo que ellos les presceiben.

—Oh! señora, contestaron todos con voz conmovida, siempre los conservaremos como el mayor de vuestros beneficios, y nuestros hijos en el transcurso de su vida bendirán mas de una vez á quien les dió tan bellas máximas.

Cuando un niño era indócil, cuando se negaba á obedecer á su padre, éste le repetía con voz pausada esta sentencia:

A tu padre abedecer.....

Y el niño bajando los ojos respondia:

Es tu principal deber.

Si otro, aunque fuese en cosas de poco valor, su madre le cogia en una mentira, le recordaba esta otra:

El que una vez ha mentido....

Y el niño confuso y avergonzado contestaba:

No volverá á ser creído.

Surtiendo todos los otros lemas iguales efectos.

Los niños durante mucho tiempo repitieron que el dia de la fiesta era el mejor que habian pasado en su vida. Un dia la señora les dijo:

—Sed buenos, amigos míos, sumisos y aplicados, y todos los años en semejante dia os prometo daros una fiesta igual; pero ante todo quiero advertiros que el niño que no sea dócil y bueno no será admitido en la reunion.

Desde aquel dia todos los niños del valle procuraron sobresalir por sus buenas cualidades.

Un huevo mas precioso que si fuese de oro.

En algun momento, y contemplando la fiesta que acababa de tener lugar, habia notado la dama un personaje desconocido. Era un jóven de unos quince

á diez y seis años, pobremente vestido, y cuya expresion de infinita tristeza inspiraba un vivo interés: su rostro pálido estaba rodeado de largos cabellos rubios, su mano derecha se apoyaba en un grueso baston de viaje, y parecia sumamente fatigado.

Cuando todo el mundo se retiró, la dama se acercó á él y le preguntó cuál podia ser el motivo de su pesar.

—Ah, señora! murmuró el jóven queriendo en vano contener sus lágrimas: he perdido á mi padre hace pocos dias, era marmolista, y su humilde arte le daba lo suficiente para atender á las necesidades de su familia: su muerte nos ha dejado en el mayor desconsuelo y en la mas horrible miseria. Yo me he separado de mi afligida madre, que no tiene con qué atender al sustento de sus otros dos hijos, ambos mas jóvenes que yo, y me dirijo á casa de mi tio, que vive aun bien lejos de estos lugares, á enterarle de la fatal nueva y á suplicarle me enseñe el mismo oficio de mi padre, que él ejerce tambien, con la esperanza de poder ser útil un dia á mi madre y á mis hermanos.

La noble extranjera escuchó con profunda emocion aquella triste historia, y cuando la hubo terminado, dió al desgraciado jóven el alimento que reclamaban sus aniquiladas fuerzas, y algunas monedas que pudiese mandar á su madre. Blanca y Eduardo, interesados tambien por aquel jóven, quisieron hacerle algun regalo, y pensaron en los huevos que acababan de recibir.

—Ten, dijo Blanca, ten este huevo azul y dásele á tu hermanita de mi parte.

—Toma, dijo Eduardo, este otro para tu hermano, y dile que se venga con nosotros, que le querremos mucho.

La dama sonriéndose del candor de los niños, tomó á su vez un huevo y dijo:

—Haz lo posible por mandar á tu madre este huevo: la máxima que lleva impresa es el mejor regalo que puedo hacerle.

Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.

Que se persuada de esta verdad, que no la olvide, y estoy segura de que le habré hecho el mas estimable de los presentes.

El jóven le dió las gracias con efusion, y aquella noche por mediacion de la noble señora la pasó en compañía del molinero, hasta que la mañana principiá á iluminar las humildes chozas, y con los primeros rayos de sol emprendió de nuevo su camino, con provisiones de pan y queso, que debia á la compasion del molinero.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LABORES.

La que muestra nuestro grabado de hoy, es una *bolsa de Corporales* de dibujo sencillo, severo y alegórico cuál deben ser todos los objetos que se enlazan con la Religión. Como entre nuestras suscriptoras las habrá primorosas en todos los ramos de bordado,

Puede bordarse en moiré ó raso, la bolsa que nos ocupa, con *canutillo de oro mate* la mitad de las hojas; *material* la otra mitad, y *huevecillo* las letras y los racimos. Puede bordarse también con sedas lasas al pasado (matices), en cuyo caso las hojas serán co-



Bolsa de Corporales.

remitimos el modelo de hoy á las que sepan con perfeccion bordar en matices y oro. Lo poco generalizado de estos bordados, no debe hacernos olvidar que muchas señoras los ejecutan con sin igual primor, y que para muchos objetos son de indispensable aplicacion. Nuestro grabado es una prueba cierta de que anhelamos satisfacer todos los gustos, y de que deseamos que nuestra coleccion de labores sea la mas rica y completa que se ha publicado hasta el dia en España.

mo ello mismo indica, matizadas de diferentes verdes, los troncos de un verde mas oscuro y las letras y racimos de oro: esta combinacion es superior á la otra.

Ahora como no hay una sola labor que no se preste á distintas aplicaciones, diremos á las demas señoras que no quieran utilizar para objeto místico el que les ofrecemos, que pueden hacer de él una lindísima cubierta de acerico, bordando la guirnalda en batis-ta á *plumetis*, y reemplazando el anagrama sagrado



por la cifra de la persona á quien se destine. La mitad de las hojas en este caso deberá ejecutarse á *punto de armas*, para que no resultasen monótonas por su gran tamaño.

Es aplicable tambien esta guirnalda, haciéndola de tamaño mayor, para banqueta de piano, poniendo las hojas de aplicacion de terciopelo sobre un fondo de cachemir ó paño, cosidas á *punto de remiendo*, y bordando con torzal los troncos y racimos. De todos modos la labor de hoy se recomienda por sí misma.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

ESCOLÁSTICA.

(CONTINUACION.)

—Escucha: yo perdí á mis padres cuando era muy niña, quedéme sin mas amparo que una tia, religiosa en este apartado claustro, á él me trajeron, y en él he crecido á la sombra de sus arcadas. Mi única esperanza es tomar el velo apenas cumpla los años que requieren los estatutos de la Orden; el mundo no existe para mí, y casi no lo siento, porque le pintan lleno de peligros. Estas buenas madres me quieren, me miman, y gracias á ellas, poseo el arte que forma mis delicias; poco antes de que tú vinieras al convento, encargáronme una copia del cuadro de Santa Ana; el mercader hacia muy poco aprecio de la pintura, y solo se paraba en los adornos, en esto era exigente; atúveme al antiguo modelo, y pasaba el día y parte de la noche trabajando. Mas oye, una noche, apenas me habia dormido, desperté sobresaltada; sin abrir los ojos ví un resplandor extraño, diríase que la celda se hallaba convertida en un lago, cuyas olas tan pronto me parecían de oro como de cristal. Ora ramos de flores, ora chispas de brillantes; sobre aquel lago se cernía una mujer envuelta en un ropaje azul, cuyos pliegues ondulaban al viento; sus cabellos parecían sùtiles hebras de oro; la blancura de sus hombros y espaldas competía con la de los copos de nieve; iluminaba su rostro una sonrisa inefable; sus ojos espresaban el júbilo que deben causar las delicias del cielo. Aquella mujer acercóse á mí, colocó su mano sobre mi frente, y dijo con voz mas melodiosa que los acordes de la música:—«Píntame tal como soy, y no tal como me representan en esta zona terrestre y sombría; yo soy bella, soy una flor, soy un ángel.» Dicho esto desapareció.

El hechizo de su beldad fué para mí como una guirnalda de rosas esparcidas sobre la desnuda tierra. Cuando el tañido de la campana nos llamó al co-

ro creí ver caminar delante de mí aquella imagen celestial, y que su brillo iluminaba los muros y las bóvedas sombrías del templo; salí del coro, corrí á mi caballete, y aparté el velo que cubria la comenzada pintura. ¡Oh, qué pálida! que inanimada me pareció en aquel momento! ¿Cómo adivinar en ella la seráfica imagen de Santa Ana? No, imposible, la Santa no podia ser así; borraré con mano trémula las duras líneas, y mi mano guiada por el entusiasmo, trazó las facciones ideales que habia visto en sueños; dí movimiento y espresion á la figura.

Estática, fuera de mí, me hallaba contemplando mi propia obra, cuando entró en el estudio la Egumena. Fijó sus miradas en el lienzo, y cubriéndose los ojos, como si se hubiera escandalizado, exclamó:—En vez de pintar una Santa estás pintando una pecadora! ¿Cómo te atreverás á colocar sobre tal frente una aureola divina? Anonada esa pintura, no permitiré semejante profanacion! Bórrala inmediatamente!

Asustada de su cólera y desecha en llanto, borraré aquellas líneas que habia contemplado con orgullo; conmovióse la Egumena viendo mi humildad, y abrazándome dijo:—Escolástica, el mundo está lleno de seducciones, el enemigo de las almas es muy astuto, se vale de mil artes para perdernos. Esa imagen que has querido reproducir es el resultado de una de sus redes. Aleja de tí esa tentacion funesta. Hija, mira bien lo que haces, trabaja mucho, vela continuamente, y apela siempre á la oracion para que huya el enemigo.

—Reconozco el lenguaje de nuestra superiora, exclamó Phedora riendo. Siempre nos habla del diablo, y se figura que los Santos son ni mas ni menos tal como aquí se los representa; en cuyo caso no es de admirar lo mucho que se parecen los unos á los otros.

—Nuestra piadosa Egumena me ha explicado esa extraña semejanza; dice que las imágenes pintadas por San Lúcas existen todavía y sirven de tipo sagrado para copiar las facciones de la Virgen y el Salvador. En cuanto á las de los bienaventurados, aunque han sido pintadas por hombres, se hallaban inspirados santamente, y seria un crimen modificar en lo mas mínimo la forma que dieron á sus obras. ¿Qué tiene de particular que los Santos se parezcan unos á otros? suele decirme. ¿No conoces que todo es obra de la santidad que los distingue de las demas criaturas? El amor terreno produce un efecto semejante; los que se aman acaban por parecerse.

—Oh! en ese caso acabaré por parecerme á tí, dijo Phedora, besando la frente de su amiga. ¡Es tanto lo que te quiero!

Escolástica devolvióla sus caricias, y luego añadió: desde aquel día la oracion y las severísimas reglas del claustro han alejado de mí la tentacion. Ya no veo flotar en torno de mi caballete peligrosos fan-

tasmas, evocados por el génio del mal y los delirios de mi propia imaginación; pinto igual que todas, y me complazco en el cumplimiento de mi deber, en sujetarme á tan servil tarea.

—No, eso no, prorumpió diciendo Phedora: tú pintas de muy diferente modo que nosotras: hay en tus lienzos un no sé qué de ideal que conmueve y atrae; copias el modelo, pero sabes dar á tus imágenes una espresion que no tiene aquel; las tuyas ejercen sobre mí una influencia estraña, no me canso de mirarlas, me conmueven como una lágrima, un suspiro, una oración ó un presentimiento, al paso que las nuestras me parecen lo que son, es decir, una cosa inanimada; esos ojos que das á las Santas hablan como los tuyos, y ya sabes que los tuyos ejercen una dulce influencia sobre los corazones. Mira, cuando, bien á pesar mío, me trajeron á este claustro, no era humilde, faltábame la resignación; me aburría en este santuario de la religión y del arte; gracias á tí ahora me hallo contentísima, sin echar de menos el mundo, al cual no pienso volver; si tomas el velo de religiosa le tomaré yo también, y unidas ambas en este retiro me creeré dichosa, porque vivir á tu lado es para mí la felicidad.

Estas cariñosas palabras fueron interrumpidas por un rumor lejano, que acercándose gradualmente, dejó percibir la voz de la demandadera que volvía de su expedición cantando el estribillo de una balada rusa; era una voz áspera y robusta como la de un granadero.

Varios golpes dados en la ventana despertaron á la niña que se había dormido rezando. Marfa se puso de pié, restregóse los ojos, y miró á sus amigas con aire mitad soñoliento y mitad espantado.

—¡Vamos á ver! ¿por qué nos miras con tanto asombro? preguntó Phedora riéndose. Somos acaso algunos espectros? Anda, mujer, abre la puerta que ahí está el cosaco.

El cosaco no era otro que la demandadera; dábanle aquel nombre á causa de su aspecto varonil y su génio de marimacho; venía montada en un jamelgo, y tan envuelta en pieles, bayetas y pañuelos, que mas que mujer parecía un fardo; apeóse y arrojó de sí la manta de paño burdo que se había teñido de blanco, merced á los copos de la nieve; lo mismo le había sucedido al jamelgo, que mal hallado con aquel fresco y limpio traje, no cesaba de sacudir la cola y la cabeza para desembarazarse de los nevados copos.

—¡Vamos! quieto, monaguillo! gritaba la mujer apostrofando á su compañero de viaje. ¡A qué vas á romper los cacharros con tus meneos y cortesías! ¡Pues ya tienes edad para tener seso!

Mientras esto decia fué descargando al pobre animal, que, obediente á su voz, estaba quieto como si fuera de carton.

Desembarazado de sus líos, cajas y cestos, llevóle al pesebre, y dándole pienso abundante acarició su lomo con dos ó tres robustas palmadas, y dijo:—Que te aproveche, monaguillo, y salió de la cuadra dirigiéndose al refectorio; allí comenzó á quitarse la multitud de pañuelos que traía liados en la cabeza y en torno del cuello, y dejó ver un rostro barbudo y de un feo muy subido, aunque animado por una espresion risueña, franca y varonil.

Ana, que así la llamaban las monjas, aunque su primitivo nombre no era este, sino Liubor, que significa en ruso *amor*, por lo cual tuvo á bien mudarle cuando entró en aquella santa casa, evitando así á las buenas madres la repetición de una palabra impropia en sus lábios, y mas impropia de la facha de la demandadera, y eso que allá en sus mocedades, segun ella decia, no faltó quien le sintiera por ella.

Ana, como decíamos, era una mujer entrada en años, robusta, jovial y activa como ella sola, con un corazón que no tenía precio, y un carácter franco y servicial; valiente como una leona, y sencilla como una cordera; y por fin, el día que trincaba un poco, cosa que solía suceder á menudo, parlanchina como una cotorra; sus narraciones, llenas de refranes y parentesis, no carecían de gracia; las religiosas jóvenes se morían por escucharla á escondites de la Egumena y maestra de novicias.

La vida de Liubor no carecía de aventuras; durante la campaña de 1812, un soldado francés tuvo la maldita ocurrencia de robarla y hacerla compañera de sus correrías, de lo cual resultó que una noche fueron ambos sorprendidos por un alud que se desprendió de la montaña; el pobre soldado pereció, pero su compañera pudo salvarse, gracias á su robusta constitución, y á la costumbre de resistir á los rigores del clima y de la intemperie.

Anduvo errante algun tiempo, y por último fué á parar á las puertas de aquel monasterio, que para ella fué puerto de salvación, así como para las monjas fué Liubor, ó mas bien Ana, como la llamaron desde aquel día, un agente de la Providencia; ella compraba los víveres, utensilios, ingredientes y demas cosas necesarias á la venerable comunidad; vendía las estampas, acericos, y demas bagatelitas fabricadas por la misma; prestábase á todos los caprichos y exigencias de las madres y de sus educandas; y por último, era una corredora infatigable que andaba siempre á caza de parroquianos; merced á esto, las monjas no se daban manos para cumplir los encargos que por conducto de Ana recibían.

Era conocida de todos los muchachos del distrito; apenas la veían asomar por el recodo de una calle corrían á ella gritando y haciendo mil travesuras para ver si podrían derrribarla de su cabalgadura; pero sí, sí, ya lo iban consiguiendo, facilillo era; los derribados serían ellos si Ana no se hiciera la chiquita

por miedo de lastimarlos. Repartía aletuyas y golosinas, que los hacían brincar de gozo; llamábanla el cosaco, la corretona, la campechana, la buena comadre; todo, menos la demandadera: este nombre se la despegaba, convenía como á una tímida virgen la carabina ó el trabuco.

Ana era también muy conocida de los taberneros del país; éstos á menudo la obsequiaban con una copa de aguardiente anisado, y uno llevó su galantería y amabilidad hasta el punto de colocar su retrato, hecho por una lega del convento, en la pieza donde se reunía la flor y nata de los bebedores. Aquella cara vigotuda y alegre convidábales á trincar de lo lindo. La lega tenía sus puntas de caricaturista. ¡Pobre mujer si hubiera visto aquel retrato la Egumena! Esta señora, en un principio, había intentado hacer de aquel marimacho una monja y una artista; pero Ana contestó resueltamente que ni las notas del canto llano se habían hecho para su garganta, ni los pinceles para su mano robusta y coloradota, mucho más á propósito para manejar las riendas de un fogoso corcel, que para delinear las facciones de una Santa.

Ana se había sentado al pie de la lumbre, y quitándose sus altas botas de cuero y los guantes de piel de búfalo, para calentarse los pies y las manos, amaratadas por el frío.

—¿Te has acordado de traerme el azul de Ultramar? preguntó Escolástica.

—Sí, gatita, sí, ahí viene debajo de unas ánades que cazó ayer un amigacho que tengo en el pueblo inmediato, y me las ha regalado para las madres. ¿De cuándo acá se te figura que pueden olvidárseme las órdenes de mi reina?

—Pero mujer, exclamó Escolástica en tono de dulce reconvención, has puesto el paquete debajo de los pobres animalitos, y está manchado de sangre?

—No importa, viene liado en tres ó cuatro papeles, y no hay miedo que se manchen los colores, dijo la demandadera comiendo á dos carrillos, y con un apetito que hubiera envidiado un tudesco.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



MODAS.

Explicación del Figurin, núm. 789.

FIG. 1.^a TRAJE DE CAMPO. — *Vestido de alpaca blanca con pirámides de cuadritos formados de cinta azul en todas las costuras de la falda: van de mayor á menor, y llegan hasta mitad de la costura.*

Sobretudo, ó capotillo de tisú de lana azul, cuadrado por delante y por detrás, con abertura, cuyas puntas vuelven en solapa sobre el brazo, guarnecido todo de cinta y con florones de pasamanería negra en los ángulos: cintas y botones blancos figuran cerrarle en el hombro.

Sombrero redondo, de paja, con ancha cinta negra alrededor de la copa, orillada de rizado de grós: cabeza y cola de faisán, y gran velo negro de tul moteado.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE. — *Vestido de seda, color de maíz, adornado de cinta de terciopelo grosella, y bolas doradas. La falda lleva en el bajo, en cada costura, un grupo de cintas abiertas en ramillete, que figuran sujetas del pie por otra cinta, cosida lisa. Una bola dorada termina el extremo superior de cada cinta.*

Cuerpo alto, de talle redondo, con cinturón de terciopelo grosella y hebilla dorada.

Manga recta, un poco más holgada del codo, adornada en el bajo y á la pegadura con un cordón grueso, de color de grosella, igual al que figura escote cuadrado sobre el cuerpo alto y guarnece los bolsillos.

Sombrero de tul de seda, blanco, con echarpe de blonda, que va con grupos de follaje escarchado, buillonado sobre el ala, descendiendo flotante por delante y por detrás: rostrillo de tul con grupos de follaje: bridas de grós con ruche de tul á los bordes.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado
El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.